

contarse por lo menos con una generación, cuando no con dos ó con tres, que la continúan, ó por lo menos la desarrollan, y sacan y aplican sus últimas consecuencias.

Nuestra generación tiene por destino capital, especialmente la generación que influye soberanamente en los destinos de los pueblos latinos, en Francia y en España, fundar el gobierno parlamentario, delegación verdadera del sufragio universal, en libres y democráticas, pero también gubernamentales y sólidas repúblicas. A los italianos y á los alemanes les interesa el problema de su unidad sobre todos los problemas, y pueden ponerlo en manos de dinastías victoriosas; á los húngaros les interesa el problema de constituir y conservar su nacionalidad coexistiendo con las demás nacionalidades de orígenes diversos á quienes se hallaron asociados por accidentes históricos, y pueden poner este difícil ministerio en una dinastía histórica también; á los rumanos, á los griegos, á los serbios, á los búlgaros crecer en territorio y en libertad merced á las complicaciones de las potencias europeas en Oriente, y pueden llevar á la cabeza de su política reyes protegidos de las grandes casas reinantes en el Norte de Europa; á los ingleses perseverar en sus progresos continuos y en su grandeza secular dentro de las antiguas formas históricas, y pueden fiar este trabajo á la antigua casa de Hannover, representada por una reina perfectamente constitucional; pero á nosotros, franceses y españoles, que hemos recabado la libertad en guerra abierta con nuestras antiguas instituciones, tócanos fundar el régimen representativo más amplio dentro de las más firmes repúblicas, fundar el gobierno de la nación por la nación misma representada por Cámaras y presidencias, dimanadas, ora directa, ora indirectamente, del sufragio universal. De suerte que, midámoslo como lo midamos, démosle toda la importancia que nos sugiera nuestro orgullo, acrecentemos desmedidamente su trascendencia, el trabajo de esta generación nuestra es un trabajo esencialmente práctico, más de reflexión que de genio, más de arte que de ciencia, más de habilidad que de arrojo; es un trabajo reducido á dejar compuesto ya en la realidad y establecido y arraigado en las costumbres el régimen parlamentario en su forma indudablemente más perfecta, en la forma republicana.

Bien quisiéramos asignar á la generación á que pertenecemos un ministerio mayor en la futura historia: las revelaciones de los profetas, la corona de los mártires, las ideas de la inspiración, los atrevimientos revolucionarios, el combate con los monstruos de lo pasado, la fundación de una sociedad nueva en torno de la cual floreciesen los campos, se aumentaran las estrellas y crecieran y se transparentaran las almas. Pero así como nadie escoge el tiempo en que ha de nacer y vivir, nadie escoge tampoco la generación á que ha de pertenecer. Nuestros heroicos progenitores de fines del siglo tenían el feudalismo que soterrar, la inquisición que extinguir, la monarquía absoluta que derribar, el clero intolerante y riquísimo que vencer, para lo cual necesitaban la corpulencia, la fuerza, el vigor en los músculos, el instinto cruel de aquellos titanes vomitados por el Etna para guerrear con los dioses, y que debían, heridos por el rayo, arrastrados por el huracán, entre el terremoto de las montañas desgajadas y las tonantes

nubes del cielo abrasado, poner unos sobre otros los volcanes á fin de tocar en el Empíreo y someter las viejas y seculares supersticiones. Pero nosotros hemos venido en edad en que, siendo menores los males, se necesita también menos el heroísmo; hemos venido en edad en que el cielo se ha descargado de sus tormentas y el mar se ha reducido en su lecho, y la tierra vegetal se ha dilatado por todas partes, pidiéndonos con sus aptitudes productoras, no las armas del combate, sino los instrumentos de la agricultura, para que en los esfuerzos del trabajo y no en los resuellos de la guerra, vertiendo sudor y no sangre, con la mira puesta en la realidad viviente más que en el abstracto idealismo, produzcamos y conservemos, por medio de evoluciones graduadas y sucesivas, la viviente organización de la libertad, una república democrática bastante sólida para responder á la estabilidad y bastante amplia para responder también á los progresos sociales.

Dígase lo que se quiera, hemos de guardar un gran culto por la generación mártir de 1848; pero hemos de seguir procedimientos diversos, aunque tengamos con ella propósitos é ideales conformes. No conozco ninguna generación que haya contado menos con la resistencia del pueblo ni más con la fuerza de las ideas. Predominaba en sazón tal, antes que el estudio del tiempo presente y de la sociedad viva, el entusiasmo por las tradiciones épicas de la primera revolución. Apenas se comprendía que la república existiera y no promulgara los principios más avanzados, y no escribiera con el cañón y la espada, en lo alto de la tribuna, tonante como un Sinaí, y en los azares de la guerra universal y de propaganda, poemas cíclicos, cual aquellos del 93, poniendo ejércitos improvisados por el patriotismo y mantenidos por la idea en los Alpes, en los Pirineos, á las orillas del Rhin, por todas las fronteras, como cruzados de la libertad, para manumitir á los oprimidos y soterrar á los opresores en medio de las más sublimes y más sangrientas tragedias. Cada uno de los grandes sacerdotes de la democracia tenía su sistema social apercebido: quién el nuevo cristianismo y el pontificado industrial; quién la serie y la falange; quién la Tetradá y la Icaria; unos creían el trabajo mal organizado por los siglos y se preparaban á organizarlo en talleres burocráticos llamados «talleres nacionales;» otros creían la propiedad en discordancia con las nuevas instituciones y el interés del capital en oposición abierta con la buena nueva, y tramaban un «Banco del Pueblo» que prestase gratis y por amor á la libertad y á la patria: la reforma de las leyes parecía cosa baladí si con ellas no se reformaba también la naturaleza humana, limpia de todas sus imperfecciones, y no se aumentaba en una tierra más embellecida y bajo un cielo más sereno desde la potencia digestiva del estómago hasta la potencia creadora del cerebro. Todos creían que la república no importaba nada, que no importaba nada el sufragio universal, que no tenía gran precio el gobierno de la nación por la nación misma, si á estas ventajas no se juntaba la mejora inmediata de la sociedad, tan fácil de mejorar como cualquier obra de arte por una inspiración súbita y en virtud de un sistema preconcebido y arreglado allá en las altas soledades del pensamiento. Luego la vida ordinaria y la prosa del gobierno éranles intolerables á aquellos sublimes héroes; querían mucho

más sin duda, el combate continuo, la revolución permanente, las erupciones de ideas sublimes, los debates en asambleas tempestuosas, un proyecto por minuto, una innovación por día, la impaciencia del bien por norma, la reforma universal por fin; pero en tal grado, que las naciones fueran como Pitonisas, agitadas eternamente, poseídas del dios, formulando oráculos, en la fiebre de la revelación, no asentadas sobre sus bases incommovibles y eternas, sino de pie en la frágil y zozobranante tripode.

Por todas estas concausas creíase que los revolucionarios de ahora se las habían con monstruos tan terribles como los revolucionarios nacidos y criados en el siglo último, y á manera que Don Quijote tomaba por castillos las ventas, tomaban ellos las fábricas por señorios industriales; los millones de propietarios, nacidos al calor de los nuevos principios, por jerarquías aristocráticas; las clases medias, tan amigas de la libertad, por señores con privilegios odiosos; el régimen industrial moderno por un feudalismo disfrazado; el trabajador por un siervo del terruño ó del taller que debía levantarse nuevamente en armas y entonar por calles y plazas, por campos y montes, el grito todavía esparcido en los aires de «guerra á los castillos y paz á las cabañas;» infantil retórica revolucionaria con la cual sólo se alcanzaba á dividir las clases sociales; á educar al pueblo en la desconfianza y en el despego de las nuevas instituciones; á imbuir al propietario que cada trabajador emancipado pertenecía á un ejército de expoliadores, y al trabajador que cada patrono y cada propietario pertenecía á la casta de los tiranos; forjándose en tan crasos errores el cetro y el sable de la dictadura cesarista, por todos aborrecida, pero de todos llamada, como un seguro en la incertidumbre producida por tantas ideas relampagueantes y como un descanso en la agitación producida por la inacabable exaltación, á cuyos vértigos se dementaban hasta no saber adónde iban, como sucede á todas las generaciones asaltadas por esa enfermedad espantosa consistente en el miedo de sí mismas, y conocida con el nombre verdaderamente gráfico de terror social, tan grave y tan contagioso como el pánico de los ejércitos en la guerra.

X

Quien estudia con alguna madurez las ciencias, concluye por adquirir un sentimiento de modestia, bien natural á la limitación de nuestras facultades intelectuales. Toda la metafísica moderna dependerá de Kant por haber demostrado cuánto hay de subjetivo y de objetivo en el conocimiento, y por haber puesto límites á la audacia de la razón pura empeñada en subirse hasta lo inaccesible, en comunicarse con lo incommunicable, en comprender la incomprensible esencia de las ideas y de las cosas. Las matemáticas mismas, las ciencias exactas por antonomasia, necesitan postulados para demostrar sus teoremas, tan puramente indemostrables como que dos líneas rectas no pueden cerrar una superficie y dos líneas paralelas no pueden encontrarse ni en lo infinito. Las ciencias naturales en sus descubrimientos de la relación de los cotiledones con todas las plantas y de la relación de la vértebra con todos los vertebrados, nos han conducido al conocimiento pro-

fundo de la conexión que reina entre todos los seres y de la serie lógica que se extiende en gradaciones sucesivas por todo el universo. Aquella primera ciencia geológica de las revoluciones súbitas, de las catástrofes titánicas, de los cataclismos sublimes, ha tenido que dejar franco paso á otra ciencia más sencilla y prosaica, en la cual se demuestra que las fuerzas del planeta han obrado poco más ó menos como ahora obran y han hecho las varias metamorfosis por virtud del tiempo y de la lenta sucesión de los siglos. Pues ¡cuánta mayor modestia no debe inspirarnos la historia! ¡Qué paciencia tan larga no se aprende en sus páginas! ¡Cómo se observa que las ideas más justas emplean todas en prevalecer edades casi geológicas! Sócrates muere por haber dicho que la conciencia es anterior y superior á la religión del Estado; y verdad tan sencilla de moral no entra en el derecho y en la ley hasta muchos siglos después de aquella su divina muerte. San Agustín dice que la mayor prueba en favor del Cristianismo se halla en su rápida propagación, y necesita el Cristianismo, para vencer, quinientos años, la interesada conversión de Constantino, el golpe de Estado contra los senadores romanos que ideara Teodosio, la fundación al Oriente europeo de una nueva capital de Europa y un nuevo imperio, la muerte de la inmortal Roma antigua y la irrupción, semejante á un diluvio, de los bárbaros del Norte. El pacto de Carlomagno entre el pontificado y el imperio dura más de mil años. La donación de Pipino al Papa no se revoca hasta después de la última guerra franco-prusiana. En el siglo xii habla Abelardo, y en el siglo xvi Lutero. Cuatrocientos años tardan los reyes en prevalecer sobre los nobles, y trescientos los pueblos en prevalecer sobre los reyes. Los hombres mayores padecen de una ceguera incurable. Tácito mira con patricio menosprecio á los nazarenos que minaban las ruinas del imperio y limaban las cadenas del esclavo. Campanella, preso por Felipe II y atormentado, cree que su carcelero y su verdugo dominará á Holanda, vencerá á Inglaterra, ahogará á Alemania, pulverizará á Suiza, contrastará á Francia, restableciendo la unidad católica en el orbe. Voltaire juzga casi eternos á los reyes heridos por su crítica. Rousseau no sabe una palabra de la revolución que ha desencadenado con su elocuencia. Mirabeau muere después de haber desarraigado la vieja encina de la monarquía histórica, imaginando que el pueblo puede guarecerse aún bajo la copa por él mismo abrasada con su palabra.

Á cada revolución suceden reacciones sinnúmero; á cada paso que hacia adelante se da, una detención parecida al completo agotamiento de todas las fuerzas sociales. En ninguna parte se encuentra demostrada la lentitud del progreso humano como en la historia, y la necesidad de atesorar una gran paciencia y de tener en mucho la virtud transformadora del tiempo. Así es que la guerra entre la escuela histórica y la escuela filosófica del derecho ha pasado á ser como una antigualla en nuestros días; y todo el mundo comprende que no se puede definir y alcanzar el derecho sino en las ciencias, pero que no se puede realizar y cumplir sino con las transacciones y los acomodamientos que á cada paso exige la sociedad y demuestra la historia.

En virtud de estas observaciones, todos cuantos tengan algún derecho á dirigirse á la democracia contem-

poránea y á doctrinarla y aconsejarla, deben ponerla en guardia contra los exagerados y los violentos. Distinguese una democracia vividora de una democracia débil en que la una conoce y repugna las innovaciones demagógicas, mientras la otra ¡ay! las sigue desalada y las corona con su asentimiento y con su aplauso. La experiencia justifica y corrobora esta observación de todo punto incontestable. Nunca se conoció en la república romana la fuerza de las leyes, la autoridad de las magistraturas, y por tanto la duración de las instituciones democráticas, como en la ocasión aquella en que los cortesanos del pueblo, decididos á granjearse la voluntad popular con lisonjas demagógicas y proyectos y programas excesivos, encontraron su anatema y su expiación en el pueblo mismo. Imposible que pereciera una república, en la cual Espurio propone á las muchedumbres la distribución de los trigos comprados en Sicilia por el erario, y las muchedumbres rechazan tal propuesta por creerla encaminada antes á su seducción que á su alimento. Y más instructivo y más digno de estudio todavía el ejemplo de Manlio Capitolino, uno de los primeros entre los ciudadanos por sus servicios y uno de los primeros entre los demagogos también por sus ambiciones. Muy envidioso de Camilo, y poco satisfecho de la gratitud concedida á sus merecimientos, concibió la idea de reinar, y á este fin maquinó hábiles asechanzas á la religión de las leyes y á la autoridad del Senado, intentando destruirlas so pretexto de mejorarlas. Astuto al par de inteligente; con pasiones dominadas por el imperio de una razón serena; si hubo vicios, que la debilidad de su natural íntimo no pudo resistir, encontró en los recursos de su prudencia medios de disimularlos, cuando no de vencerlos. Y teniendo todas estas ventajas, enderezólas á dividir con ellas á los ciudadanos, y separar al pueblo del Senado y al Senado del pueblo con sendas é irreconciliables enemistades. Los guardadores de las leyes acusáronle de ambicioso, y desde aquel punto y hora, el patriciado, á quien pertenecía por su cuna, le rechazó; el pueblo, á quien halagaba con sus arengas, le condenó; esquivóse su parentela al luto público exigido por las costumbres á todos los allegados de los grandes ciudadanos en desgracia; apartáronse de su lado los tribunos, á pesar de inclinarse por su ministerio á cuanto sirviese al pueblo y desirviese al Senado; y aquel hombre con tantas virtudes, hijas unas de su excelente complexión y otras de su buen seso; con tantos servicios prestados en los campos con las armas y con la palabra en las curias, vive reducido á prisión y condenado por público y solemne voto á muerte; pues con ser tan grande, no podía aspirar sin desdoro ni castigo, en aquel pueblo republicano y libre, á ser mayor que la libertad y que la república. Así Tito Livio, al contar tal catástrofe, añade la siguiente observación, digna de su amor á las antiguas instituciones romanas: «¡Hunc exitum habuit vir, nissi in libera civitate natus esset, memorabilis!» Bien al contrario ciertamente el día en que el pueblo mató al más admirable de sus defensores, al más desinteresado de sus partidarios, al inmortal Cayo Graco, porque sólo proponía el reparto de los bienes públicos, mientras los demagogos á sueldo de la aristocracia proponían el reparto de todos los bienes, públicos y privados; el día en que se cometió este crimen, dibujóse en los limbos del tiempo

por venir el cadáver de la república y la sombra letal del cesarismo.

Bajemos hasta nuestros días y veamos confirmada esta misma verdad por hechos que parecen tomados de la historia antigua y adrede repetidos en nuestra historia contemporánea. Tengamos ánimo para decirlo cuantos hemos tenido paciencia para soportarlo durante veinte años: el último imperio napoleónico nació de las divisiones malhadadas entre las clases medias y el pueblo, como el primer imperio romano de las malhadadas divisiones entre el patriciado y la plebe. Las jornadas de junio dividieron al partido republicano francés, no en dos fracciones, en dos clases irreconciliables. Y desde que hubo esta guerra á muerte dentro de la República, hubo también con ella un dictador, un general coronado, ó una sombra de general coronado, un «imperator,» un César. Y este César satisfizo en parte los rencores del pueblo, persiguiendo á los diputados con quienes el pueblo había combatido, y en parte halagó los apetitos del pueblo, divulgando las utopías socialistas que el pueblo había siempre acariciado. El prisionero de Ham difundía dos ideas al igual funestas: primera, la idea de que el pueblo necesitaba perseguir á muerte las nuevas clases propietarias, las clases medias; y segunda, la idea de que el pueblo necesitaba fiar á perpetua dictadura, mantenida por una dinastía predestinada, el problema social.

Las generaciones tienen poca memoria y olvidan con facilidad cómo una gran parte de sus profetas contribuyeron al golpe de Estado, desacreditando sistemáticamente el ministerio de las Asambleas políticas y poniendo en las nubes los rápidos procedimientos de las dictaduras perpetuas y la fuerza incontrastable de los poderes omnipotentes. Llegóse á escribir que la necesidad del socialismo se demostraba por la victoria del golpe de Estado. Llegóse á divulgar una especie de mesianismo, parecido al célebre de los judíos carnales, que anunciaba y prometía un Mesías, vestido de púrpura, coronado de oro, caballero en apocalíptico caballo, armado de todas armas, precedido y seguido de ángeles exterminadores, con providencial encargo de desarraigar el feudalismo, arrancando hasta sus últimas raíces, y de traer para las clases populares un hartazgo sin límites en el seno feliz de una servidumbre sin término. A los que todavía amaban á la nación se les halagó con las engañosas perspectivas de guerras victoriosas destinadas á recabar fronteras perdidas y á traer conquistas necesarias, mientras á los que amaban al pueblo se les halagó con las esperanzas engañosas de una redención social. Sabios viles, retribuidos con plazas pingües en bizantinos Senados, erigieron la cátedra de la ciencia en pedestal de la tiranía, y predicaron contra Pompeyo porque era republicano, contra Cicerón porque era orador, contra Bruto porque era patriota, contra Lucano y Tácito porque lloraban la libertad perdida; y frente á estos defensores de las leyes antiguas ponían como verdaderos modelos de política á César y su sobrino Augusto, atribuyéndoles arbitrariamente los progresos del derecho civil, que dimanaban de la filosofía griega y romana, como el código Napoleón dimanó de la filosofía del último siglo, y que hubiera podido extenderse y arraigarse mejor entre los ciudadanos de una república libre que entre los siervos

de un tirano imperio. Y del exceso de nuestro ideal y del cúmulo de nuestras promesas impremeditadas salieron á una la servidumbre del pueblo y la corona del César.

Y juzgo de igual suerte, con la misma severidad, la obra de democratizar y de republicanizar la España liberal emprendida por nosotros, y en la que tanta participación y tanta responsabilidad nos ha tocado. Nuestra patria paga, como ha pagado Italia, su antigua y desmedida grandeza, con acerbas y seculares desgracias. Empeñada desde fines del siglo xv en descubrir, poseer, poblar y civilizar un continente ignorado, tuvo que someterse sin condiciones á los dos órganos capitales de aquella obra, á la monarquía y á la Iglesia. Comprometida por su historia y por sus tradiciones á llevar el Catolicismo al Nuevo Mundo, tuvo que sostenerlo y que ampararlo en el Viejo. Así, las fases por que ha pasado el espíritu moderno sucedense necesariamente en la nación española mucho más tarde que en la nación francesa. No tenemos edicto de Nantes en el siglo xvi, ni filosofía enciclopedista en el siglo xviii. La revolución del 89 llega á nosotros el año 8, y en medio de aquella guerra de la Independencia, que nos obliga á guardar como un seguro indestructible nuestra dinastía cautiva y á sostener como un tribunal moral indispensable nuestra Iglesia intolerante. La transformación que alcanzó Francia el año 30, no la alcanzamos nosotros hasta el año 68. Llevaban dos repúblicas ensayadas los franceses cuando ensayábamos los españoles la primera. Tenían los franceses ochenta años de libertad religiosa el día que nosotros la admitimos y proclamamos entre los vitores de nuestra penúltima Asamblea Constituyente. Veinticinco años de ejercicios más ó menos libres, pero ejercicios al cabo, del sufragio universal, iban ya entre nuestros vecinos, cuando salíamos de un censo aristocrático y reservado á clases y á individuos muy pudientes. Hoy mismo, en este instante, atravesamos un período parecidísimo nada menos que al período atravesado por Francia desde el año 15 al año 30. ¡Y nos empeñamos en que la república española había de ser más amplia, más democrática, más libre, más progresiva y más ideal que la república francesa! Basta solamente esta consideración sencillísima para explicar cómo había de frustrarse nuestro empeño y de perderse nuestra Revolución.

En realidad no teníamos partido republicano. Una parte de la democracia histórica, indiferente á las formas de gobierno, pactó con la monarquía, y cometió el error irreparable de traer al trono, en mal hora restablecido, una familia extranjera; otra parte de la democracia estaba adscripta á las escuelas socialistas, de suyo inhábiles para la política práctica, y cometió el error irreparable también de pedir á las nuevas instituciones la solución del problema social, siempre pedida y nunca encontrada en los períodos revolucionarios, los menos idóneos para tan magnas obras; otra parte de la democracia era esencialmente federalista y tan apasionada de la independencia del municipio y de la independencia de la provincia que prefiriera mil veces una monarquía federal á una república unitaria. Partido republicano decidido á sobreponer y anteponer á todo la fundación de la forma del espíritu moderno, y del organismo del derecho democrático, y del continente de la

autoridad y del progreso; partido republicano puro no existía, y así no comprendió ni pudo comprender una Asamblea medio socialista y medio federal, aquella voz amiga que le aconsejaba dejar estos dos caracteres irrealizables, imposibles en nuestro estado presente, y reducirse á lo posible, á lo oportuno, á la fundación tranquila de la modesta república. Cambiar unos organismos por otros organismos del Estado, aquellos en que el privilegio y la casta se encierran por aquellos en que se encierra el derecho democrático y el espíritu moderno; cambiar unos organismos por otros es empresa tal, que ningún pueblo ha podido realizarla de una sola vez, ni los holandeses, á pesar de haber tenido hombres como los Oranges; ni los ingleses, á pesar de haber tenido protectores como Cronwell; ni los venecianos, á pesar de un estadista y un defensor tan sublime como Manin; ni los florentinos, á pesar de aquel triunvirato ilustre compuesto de Guerazzi, Mazzoni y Montanelli; ni los romanos, á pesar de la vasta inteligencia de Mazzini y del heroísmo sin par de Garibaldi; ni los genoveses, á pesar de ser entre ellos una tradición gloriosísima la república; ni los napolitanos, á pesar de contar con el auxilio de un ejército tan valeroso como el ejército francés; ni los húngaros con Kossuth, ni los polacos con Kosciusko, ni los franceses mismos, que alcanzaron una legión de genios en su revolución, como no los ha conocido iguales la Europa moderna desde los tiempos del Renacimiento; ni ningún pueblo que haya debido luchar con las tradiciones de su vieja historia, con la enemiga de las monarquías vecinas, y con las resistencias casi invencibles que á la república oponen, permitidme la exageración confirmada por los hechos, desde el clima hasta el territorio de Europa. Añadid á esta imposibilidad tres guerras civiles, una con los carlistas en las montañas del Norte, otra con los demagogos en las ciudades del Mediodía, otra con los filibusteros en las colonias, tres guerras que demandaban á la república esfuerzos de autoridad, rigidez de disciplina, copia de soldados, aumento de tributos, incompatibles con su débil complexión; y decidme luego si es maravilla que hayamos sucumbido, como los protagonistas de la tragedia antigua, bajo el peso de una fatalidad incontrastable. Y, sin embargo, todavía puede sostenerse que los republicanos españoles hubieran conseguido, en medio de tantos peligros, conservar los tres términos capitales de sus progresos políticos: el sufragio universal, el derecho moderno, la república, si no se empeñan locamente en mezclarla con dificultades á estos tres términos ajenos, como la organización federalista y el problema social. ¡Grande, inolvidable, provechosisima enseñanza!

Una de las pruebas mayores que ha dado la democracia de su interior vitalidad y de su aptitud para el gobierno, ha consistido en podar sus varios ideales y ajustarlos á la viviente realidad. Si en otro tiempo entraba con mayor fe en las reformas y con mayor brío en las revoluciones, sufría al cabo de cierto tiempo un desengaño terrible, viéndose sorprendida por el reflujo de una reacción inevitable. Venían los días creadores, las alboradas de ideas puras, la embriaguez de esperanzas revolucionarias, el intento de reformas universales, la erupción de barricadas henchidas de lavas humeantes, el espectáculo de fiestas cívicas; pero así que todo esto

pasaba con la celeridad del relámpago deslumbrador, sobrevénia una noche tristísima, en la cual sólo se palpaban tinieblas. A un día creador sucedían devastadoras edades. Grande servicio traer los instantes sublimes de la revolución renovadora; mayor aún evitar los instantes subsiguientes de la ciega reacción. Las democracias audaces de otros tiempos tenían más virtud revolucionaria que las democracias de hoy; pero, en cambio, no acertaban con el arte de evitar el mayor de los males, el advenimiento de las reacciones.

Y jamás nos cansaremos de loar el método sajón, que consiste en medir gradualmente las reformas, y madurarlas á fin de que, una vez hechas, se arraiguen, y una vez arraigadas, no se hielen jamás al frío de la reacción, cual se han helado mil veces nuestras prematuras instituciones. Ya no estamos en la juventud; ya no hierve la sangre en las venas ni brilla la fantasía en la mente; ya no sentimos la impaciencia del combate ni luchamos como quien mira delante de sí una vida eterna y un horizonte infinito; ya no tenemos ni tantos lumineros de ideas nuevas en la inteligencia, ni tantas pasiones de oposición radical en el pecho; pero con nuestras facultades reflexivas, con nuestra voluntad madura, con la experiencia adquirida, con el amor á lo substancial del pensamiento que nos ha animado siempre, con la medida de la resistencia que vencer y los cálculos del impulso que dar, llegaremos, sí, llegaremos menos cansados que en otros días, y mucho más seguros, al establecimiento de una democracia progresiva en el seno de una duradera república. En todas partes han venido las fracciones avanzadas á este mismo pensar, á este mismo sentir, á este mismo proceder. Aquellos italianos, educados como los profetas de la Jerusalén santa en el desierto, y que parecían los sacerdotes del ideal y del arte, se han acomodado á una dinastía histórica y á instituciones bien estrechas en comparación de sus dilatados pensamientos. Aquellos alemanes, que llenaron de ideas la Asamblea de Francfort y riñeron tantas batallas en las ciudades poseídas de entusiasmo republicano, han aceptado la unidad germánica con júbilo de manos de un emperador reaccionario. Aquellos húngaros, que combatieron con el Austria y con la Rusia, soldados indómitos, han transigido con la vieja casa de los Hapsburgos. Aquellos suizos, que habían admitido en su nueva constitución federal tantos principios avanzados, han tenido que detenerse un poco y que revocar ciertas reformas humanitarias, á fin de no perderlas para siempre en los ardores de una impremeditada victoria. Aquellos radicales rumanos, á quienes el Congreso de Berlín ha impuesto un principio absoluto, tan sagrado como el principio de la libertad religiosa, han recordado á la diplomacia europea los vados que deben tentarse y las precauciones á que deben acogerse en el gobierno cuantos no quieran malograr las ideas más justas. Pero entre los demócratas no hay quien merezca los aplausos de los demócratas franceses, por la claridad con que han visto la parte realizable de su ideal; por la mesura con que la han llevado de la teoría á la práctica; por la consideración guardada á las resistencias de la realidad; por el culto respetuoso á las leyes; por la transmisión pacífica de unos poderes á otros; por el paso seguro de unas á otras crisis; por la perseverancia, casi británica, que han demostrado en fiarlo todo al derecho;

por la condenación explícita de procedimientos revolucionarios; por ese combate tan tenaz coronado por una tan deslumbradora y tan duradera victoria.

La democracia contemporánea es ya en todas partes una democracia de gobierno, que ejercerá con madurez el poder para asegurar definitivamente la libertad. Y no hay título que pueda envanecer en la historia como el de haber vencido el imposible de establecer y conservar las nuevas y jóvenes repúblicas en el suelo calcinado de la vieja Europa.

XI

La crisis de la revolución de Francia queda en la historia como la mayor y la más violenta explosión de ideas que recuerdan los siglos. Muchas veces la idea, el impalpable éter, la misteriosa esencia, el alma de los hechos, la substancia de las instituciones y de las leyes, se apodera de un hombre y lo domina con tanto imperio, que pierde todo el egoísmo encerrado en nuestro natural instinto de conservación, y llega, por milagrosos hechos y por cruentísimos sacrificios, á mártir de una causa y á redentor de cien generaciones. En la revolución francesa, en ese instante creador, en esa hora providencial, en ese génesis de nuestros tiempos y de nuestra sociedad, la idea, con su incontrastable poder, asciende como sangre exuberante á la cabeza de todo un pueblo, y engendra exaltaciones verdaderamente extraordinarias, y seméjase en verdad á los elementos, á la tierra, al agua, al aire, al fuego, porque necesaria como éstos á la vida si la medimos y la graduamos con arreglo á nuestras necesidades, cuando se exagera nos consume como el fuego convertido en incendio, nos derriba como el aire convertido en huracán, nos anega como el agua convertida en inundación, nos entierra como el suelo mismo de que nos nutrimos y en que nos sustentamos, abierto y desgarrado por los violentos terremotos. Vive nuestro siglo de las ideas que esparciera la revolución, como los campos á veces de las inundaciones que los devastan; pero no podemos desconocer el carácter trágico de una edad cuyos protagonistas todos arrojan su vida entera al remolino de los combates sangrientos y mueren muerte de horror y de violencia.

Jamás, en ningún tiempo, los hechos históricos fueron tan extraños, como nacidos de voluntades arrebatadas por los impetus de la exaltación y del delirio. Jamás, en ningún tiempo, sucedieron catástrofes que más inspiraran desconfianza de la suerte de nuestra especie en la tierra y que mayores gérmenes contuvieran de regeneración para los individuos y de progreso para las naciones. Época opima en casos varios; tan llena de sucesos, que apenas puede encerrarlos en sus páginas la historia ni contenerlos en sus períodos el tiempo; época que vió los tronos convertidos en cadalsos y las diademas fundidas por el rayo; los príncipes, á quienes ungierean los pontífices, tocados por las manos del verdugo y caídos sobre las tablas de las guillotinas; las guerras civiles más feroces complicadas con las guerras extrañas más horribles, los alemanes amenazando por el Rhin y los españoles por el Pirineo y los saboyanos por los Alpes y los rusos y los austriacos moviéndose en son de guerra, y desde la isla de Cádiz

hasta la isla de Noruega y desde el Guadalquivir hasta el Volga todos los reyes en armas sin amedrentar á aquel pueblo en delirio; derribados los altos castillos donde se elevaban los antiguos privilegios y levantadas las Asambleas que promulgaban los nuevos derechos al siniestro resplandor de la tempestad; una capital convertida á la dictadura sobre toda la nación y un municipio á la dictadura sobre toda la capital; los sublimes heroísmos confundidos con los tristes desmayos; las victorias épicas alcanzadas por la desesperación ó por la demencia; todos conjurados y todos blanco de la conjuración universal; todos perseguidores y todos perseguidos; todos verdugos y todos víctimas; resultando de esto desenlaces tan extraños en crisis tan continuas, que á veces tenemos duda si los vencedores eran los castigados y los tiranos los opresores, ó si todos contribuían adrede y en conciencia al inmenso holocausto, de cuyas piras surgió más libre la humanidad que parecía perdida, y más hermosa y más resplandeciente la tierra, que parecía anegada en aquel diluvio de lágrimas y sangre.

No puede en tal momento crítico olvidarse el papel que representara Mirabeau. En aquellos días acababa de mostrar la fuerza de su voluntad y el poder de su palabra, iluminando los más intrincados y difíciles asuntos con las ideas más naturales y más sencillas: secreto propio de los grandes oradores, idóneos, muy idóneos para decir en fórmulas populares las teorías más abstractas y persuadir á las gentes de que ellos solos expresan y dicen cuanto todo el mundo piensa y cree. Una vez enterró la intolerancia religiosa, señalando con ademán imponente la ventana desde cuyo alféizar un rey de Francia disparó su arcabuz sobre sus propios vasallos, que buscaban aterrados en el Sena refugio contra la matanza promovida por la superstición y el fanatismo. Otra vez, como los sofistas de la derecha reaccionaria quisieran disolver la Asamblea por escrúpulos legales, alzóse á decir con aquel don de oportunidad, secreto de todo gran orador, lo de cierto general romano, que requerido para que jurase haber observado las leyes, juró haber defendido y salvado á la patria. Otra vez enterró el brutal decreto contra los emigrados por un arranque de esos en los cuales parece que late, no el corazón de un hombre, el corazón de la humanidad. Así continuaba en el pedestal de la tribuna, en ese trono de su genio, circuido de un pueblo que le seguía y le escuchaba anhelante, fulminando su palabra sobre todas las viejas instituciones y sosteniendo las nuevas; Hércules de la idea revolucionaria, que por los medios puramente espirituales de la elocuencia, encendía y apagaba las pasiones, removía y serenaba los ánimos, encrespaba y adormecía las ideas; hijo de la antigua sociedad, que personificaba la nueva, y que alzado entre dos edades capitalísimas de la historia, no sabía, no, á ciencia cierta el destino providencial consumado con sus maravillosos esfuerzos y los viejos ídolos caídos para siempre á las fulguraciones de su maravillosa palabra.

Hásele imputado á Mirabeau por los que desconocen completamente la lógica real de la historia y el encadenamiento sistemático de los hechos, como una apostasía de sus doctrinas y como una traición á su ministerio histórico, el que pensara unir la vieja monar-

quía con la nueva sociedad. Para acusarle de esto precisa desconocer enteramente su tiempo. El grande orador pertenecía aún á la edad poética, como si dijéramos, al paraíso de la revolución. Y la característica de esta edad era la concordia del antiguo trono con la nueva democracia. No se conocía en aquellos tiempos ni un solo republicano. El que luego había de llevar la república á su mayor violencia y había de elevarse á ser su más austero magistrado, Robespierre, el Felipe II revolucionario, preguntaba cuando algunos extranjeros proferían la palabra: ¿qué es eso de república? Los girondinos, la legión sagrada de la libertad, que parecían venidos de la antigua Grecia, con la llama de la inspiración en la frente, la virtud del heroísmo en el pecho, y la melodía de la elocuencia en los labios, pudieron aceptar sin desdorar un puesto en el gobierno de la monarquía, pudieron aceptar el cargo de ministros, porque todo el mundo juraba entonces en la alianza indisoluble de los nuevos derechos con los viejos tronos. Mirabeau, esencialmente revolucionario, pero también esencialmente monárquico, tenía que agotar todas sus fuerzas antes que confesarse rendido por un imposible, palabra desconocida en su rico vocabulario. Dotado de esa sensibilidad, sin la cual no se conciben los dones divinos del arte, apasionábase por los débiles: al principio de su carrera, por el pueblo, y al fin de su carrera, por el rey. Como no los separaba en su pensamiento, no quería que se separasen ni por un minuto en el espacio, cuando uno y otro estaban imposibilitados de atravesar sin abrasarse las llamas que lo dividían, todas ellas encendidas y avivadas por los soplos descendidos del Sinaí de la tribuna. Coincidió con tal estado de ánimo en Mirabeau un cambio de política en Austria. Y este cambio de política en Austria influía soberanamente en la austriaca, nunca apartada del nido donde había tenido su cuna, juzgando siempre á Francia al través de las ideas aprendidas en su educación, tan contraria en un todo á las ideas francesas. Así, en aquel palacio donde tanto se abominara de Mirabeau, comenzaban á volver los ojos al aborrecido, al denostado, al maldito, pidiéndole un refugio en el universal naufragio. La reina, que se mantenía erguida cuando todo en torno suyo se humillaba, debía sentir invencible repugnancia en aquellos momentos á tratar con el hombre que elevara la tribuna por encima del trono; que promoviera el alzamiento de los Estados Generales al rango de Asamblea Nacional; que guiara con los relámpagos de su genio al siervo desde el terruño á la libertad; que tuviera contra cada una de las antiguas prerrogativas reales su fórmula destructora; que convocara los oprimidos á sacudir el yugo de los opresores; que fuera toda aquella revolución, la cual entraba en tumultuosas ondas hasta el palacio de los reyes, arrancándoles algo más valioso que su corona de oro, su dignidad y su prestigio.

Por fin se vieron la reina y Mirabeau. Era una mañana de mayo en París, donde, al revés de Madrid, la primavera aparece más hermosa y tranquila que el otoño. La corte estaba en Saint-Cloud, en aquella miniatura de Suiza, cuya compra quizás le costara el trono á la pobre María Antonieta, obligada tristemente á cambiar el ministro salvador, Turgot, por el ministro nefasto, Calonne, para poder cumplir tal regio capricho. Lugar delicioso aquél, si hay delicia cumplida cuando el